

Damos la vida junto a Él Dinámica interna del paso

Dar respuesta a este amor que desea atraernos hacia él, conociendo toda la altura, la anchura y la profundidad en la Eucaristía, nos conduce a ofrecernos nosotros mismos.

Acción de gracias - Eucaristía

Este amor que se trasluce desde este corazón "dulce y humilde" (Evangelio de Mateo cap. 11, 29) de Jesús, solo se puede entender siguiendo el itinerario de su vida hasta el final. Este "derrame de amor que ninguna palabra lo puede explicar sin endulzarlo" la Iglesia lo aclama con pudor "contando cómo ha llegado el Amor, conmemorando (en la Eucaristía) la muerte y la resurrección de Cristo" (P. Robert Scholtus) Esto es mi cuerpo. Esto es mi sangre. Todo está aquí.

La Eucaristía nos revela el amor que va «hasta el final», un amor que no tiene medida, que es fuerza de resurrección. Jesucristo desea llevarnos por este camino "Como el Padre que vive me envió, y yo vivo por Él, así, quien me come a mí tendrá de mí la Vida" (Evangelio de Juan cap. 6, 57). En la comunión de su cuerpo y sangre, Cristo desea estar profundamente unido a nosotros. Nos comunica su Espíritu Santo. Como lo escribe San Efrén el Sirio "Llamó el pan, su cuerpo vivo, lo llenó de él mismo y de su Espíritu. (...). Y el que lo come con fe, come el Fuego y el Espíritu (...).

Tomad y comedlo todos y comed con el mismo el Espíritu Santo. Es verdaderamente mi cuerpo y el que lo come vivirá eternamente". Por el don de su cuerpo y de su sangre, Cristo hace crecer en nosotros el don de su Espíritu, que ya recibimos durante el Bautismo y que se nos ofrece como "sello" en el sacramento de la Confirmación. Con la Eucaristía, asimilamos de una cierta manera, dice Juan Pablo II, el "secreto" de la resurrección, una resurrección que empieza hoy mismo en el corazón del mundo.

¿Por qué quiere hacernos este don inmenso de comunicarse Él mismo a nosotros, de comunicarnos su Espíritu? Porque desea que nos volvamos como Él. Nos da su capacidad de amar, de ofrecer nuestras vidas, con Él, por el Reino de Dios, un nuevo mundo que ya está en gestación.

Es por esta razón que la Red Mundial de Oración del Papa – El Apostolado de la Oración – desde hace más de 175 años, nos invita a hacernos disponibles cada mañana a la misión de Cristo (Ejercicios Espirituales nº 91-100). Mediante una **oración de ofrenda** decimos a Jesús:



“¡Aquí estoy!” “Puedes contar conmigo”. Ofrecerme para el servicio de Cristo, cada mañana, es acoger lleno de agradecimiento el don gratuito del amor de Dios, es responder a este amor con mi vida al servicio del Reino, y esto a pesar de mis incoherencias, límites y fragilidades. Por esta ofrenda, entro en una existencia eucarística, una vida entregada al servicio del Señor y de los demás, al servicio de la Iglesia en el mundo. Esta ofrenda me hace participar activamente en el propósito de amor de Dios para la humanidad.

Jesús vivió su vida como una ofrenda eucarística. Su última comida retomaba toda su vida ofrecida y entregada por amor. Este camino no le condujo a un callejón sin salida, sino a la resurrección y a la vida en abundancia. ¡Y esta vida de la felicidad eterna la quisiera para cada uno de nosotros! Por eso Él quiere arrastrarnos en esta "danza del amor", aunque tenga que pasar por la Cruz.

El combate espiritual

Sin embargo, entrar en el mismo itinerario de Jesús, amar como Él nos ha amado hasta el punto de "dar su vida por sus amigos", puede conducir a un combate espiritual: **"No te ruego que los saques del mundo, sino que los guardes del maligno"** (Evangolio de Juan cap. 17, 15). Incluso es un criterio de fidelidad a Jesús como **"el siervo no es mayor que su señor, ni un enviado es mayor que el que le envió."** (Evangolio de Juan cap. 13, 16) Todos lo experimentamos. Hay en nosotros connivencia con el mal, la mentira, todo lo que es rechazo de la vida, pero Cristo no nos deja solos, envió al Espíritu Santo, el Espíritu de verdad que procede del Padre, que desenmascara el enemigo, y ayuda a elegir la vida.

Responder al llamado personal que me hace Jesús, ponerme a su disposición, al servicio de la misión de la Iglesia en el mundo de hoy, con todos sus desafíos, con muchos otros, puede parecer emocionante. A menudo nos imaginamos, como los apóstoles, unidos al Corazón de Jesús, caminando con Él por los caminos de Galilea, por los verdes pastos pintados con mil flores, o en las orillas del lago anunciado el Evangelio... pero nos olvidamos de la cruz. Somos como los discípulos, como Pedro, para quien Jesús es el Mesías que vendrá a allanar el camino, a rebajar las montañas, de un golpe, sin esfuerzo de nuestra parte, como si tuviéramos una varita mágica, como si pudiéramos, por el solo hecho de estar cercanos a Jesús, evitarnos el sufrimiento y la cruz misma... "Nadie entra sin sufrir en el reino del amor." No es que el sufrimiento sea necesario, pero en nuestro mundo aprender a amar pide aprender a desprenderse de sí mismo y a ofrecer su vida. Y esto nos conduce a menudo, para no decir siempre, a un camino de purificación renovado y un auto-descentramiento hacia los demás... que pasa a través del sufrimiento, a veces la cruz, y la muerte.

"Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tenéis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo" dice Jesús en el Evangelio según san Juan (Evangolio de Juan cap.16, 33).

